

EL SÍNODO Y LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Luca Bressan¹

“¿Cómo puede suceder esto? (Jn 3,10). La imagen de Nicodemo, concentrado en el esfuerzo para entrar en la visión que Jesús le está abriendo ante sus ojos - y al mismo tiempo desconcertado y confundido por la novedad de lo que se presenta claramente a su mente -, ha vuelto a mi mente más de una vez pensando en la intensidad y profundidad de la escucha y del diálogo escuchado participando en la 13ª Asamblea ordinaria del Sínodo de Obispos. Como para Nicodemo, la presencia del Señor ha sido percibida como una fuerte invitación a dejarse guiar por el Espíritu en una fase nueva de la vida de nuestra fe, como aparecía ya en el mismo tema puesto en el centro de la asamblea: la Nueva Evangelización (NE) para la transmisión de la fe cristiana.

LA LUCIDEZ Y FUERZA CARISMÁTICA DE BENEDICTO XVI

Imaginar este encuentro como una especie de gestación, de tiempo dedicado a unir energías con vistas al esfuerzo de renovación que se pide a la Iglesia, era la intención del Papa, expresada clara y constantemente durante la celebración del Sínodo, siempre que tomó la palabra. En la homilía inicial, al describir el ámbito de la NE (“La NE, orientada principalmente a las personas que, aunque bautizadas, se han alejado de la Iglesia y viven sin referencia a

¹ Sacerdote diocesano. Doctor en Teología por el Instituto Católico de Paris. Profesor de Teología pastoral en el Seminario Arzobispal de Milan (Italia)

la práctica cristiana. La Asamblea sinodal que hoy comienza está dedicada a esta NE, para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor”); en la primera meditación, tras haber indicado el método de la NE (“El cristiano no debe ser tibio. El Apocalipsis nos dice que es éste el mayor peligro del cristiano: que no diga que no, sino un sí muy tibio. Precisamente esta tibieza desacredita el cristianismo. La fe debe llegar a ser en nosotros una llama de amor, llama que realmente inflama mi ser, que llega a ser la gran pasión de mi ser, y así inflama al prójimo. Es éste el modo de la evangelización: «Accéndat ardor proximos», que la verdad llegue a ser en mi caridad, y la caridad inflame también al otro. Solo en este inflamar al otro con la llama de nuestra caridad, crece realmente la evangelización, la presencia del Evangelio, que no es solo palabra, sino realidad vivida”); en la homilía final, cuando ha indicado la finalidad de la NE, la renovación de la Iglesia (“En varias partes del mundo, la Iglesia ha recorrido ya este camino de creatividad pastoral, para acercar a las personas que se han alejado o que buscan el sentido de la vida, de la felicidad y, en definitiva, de Dios”); en todas sus palabras el Papa no ha dejado de recordar que la NE es sobre todo una llamada a la Iglesia para que recupere el dinamismo y el calor original de la fe cristiana, dispersos tras la confrontación no fácil y también agotadora con los desafíos de este tiempo posmoderno.

LOS CONTORNOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Esta renovación de la Iglesia, esta reforma no tanto estructural cuando más bien espiritual de la comunidad eclesial, ha sido señalada en varias intervenciones como un objetivo central de toda agenda pastoral.

Una reforma ante todo “lógica”: las comunidades cristianas, que no viven en un espacio abstracto sino que están insertadas en la cultura del mundo, han vivido sin darse cuenta varios procesos de “autosecularización” (para usar una expresión del Papa propuesta en varias intervenciones del Sínodo). Ha sucedido efectivamente que

la secularización ha erosionado su patrimonio lingüístico, debilitando su modo de ser comprendido, privándolo de palabras para la oración, dejando sin significado los instrumentos para mantener activa su relación con Dios; y de este modo ha quedado privada de la relación fundamental que nutre y sostiene su fe y su identidad.

Una reforma además, en un segundo momento, “organizativa”: los fuertes movimientos de población, la disminución de la práctica religiosa han tenido como consecuencia el debilitarse y en muchos sitios la caída de las tradicionales formas de presencia de la Iglesia entre la gente, en muchos casos transformando en taquillas que proporcionan servicios los que antes eran lugares vitales para la experiencia de fe. A este propósito, el debate sinodal ha archivado como algo que pertenece al pasado la dialéctica institución-movimientos: el cambio cultural que experimentamos es tan fuerte que pide a toda figura que hace presente a la Iglesia un proceso de conversión y de relanzamiento.

Una reforma en definitiva “cultural”: el giro nihilista impreso a la secularización, propio de las culturas occidentales, ha tenido como consecuencia que el fundamento antropológico en que se inserta la fe cristiana ya no sea compartido, sino que por el contrario sea objeto de un ejercicio cotidiano de deconstrucción. Es necesario por tanto que las comunidades cristianas se preparen para un testimonio, para una buena apologética de los puntos fundamentales de la experiencia humana, de su existir dentro de la historia: solo así se podrá comprender plenamente la belleza/bondad del mensaje cristiano.

LOS CONTENIDOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Una renovación semejante, si por una parte se presenta con rasgos de urgencia y de globalidad (toda la Iglesia está llamada a comprometerse), por otra parte y precisamente por los mismos motivos tiene que hacer de lo cotidiano el lugar de su acción y de su propia estrategia. No es casual que las instituciones más señaladas como

la clave de esta NE hayan sido la familia y la parroquia. Dando prueba de realismo: no obstante sus fatigas, es más, precisamente a través de las fatigas vividas cada día pueden ostentar estas instituciones la alegría, la capacidad de futuro y la fuerza de cohesión de la fe cristiana. En este sentido, el Sínodo ha significado un buen ejercicio de reafirmación del valor de la Iglesia local: ha vuelto a destacar la figura del obispo (los padres sinodales se han interrogado de forma autocrítica sobre cómo reinterpretar su figura a la luz de este compromiso de NE), ha confirmado de manera sustancial el papel de todo bautizado, ha registrado la necesidad de vocaciones que se preocupen de la vida de la comunidad cristiana, empezando por la figura del presbítero.

El Sínodo ha sido también la experiencia de una Iglesia que ha sabido expresar su variedad y confrontarse a partir de ella. Ha habido algunos argumentos y temas que han gozado de grandes convergencias; ha habido cuestiones que han puesto de manifiesto matices y modos diversos de afrontar como cristianos la situación. En general el debate ha permitido registrar la vitalidad de las Iglesias asiáticas, la serenidad con que afrontan los retos de un cristianismo todavía joven que no teme confrontarse con culturas y religiones más antiguas y estructuradas; la asamblea ha podido constatar las señales de cansancio de las Iglesias europeas y norteamericanas; la dureza de la confrontación con la sectas por parte de las Iglesias africanas, junto con la lucha contra la pobreza; la resistencia al tema del partir de los pobres en las Iglesias latinoamericanas, unidas al proyecto de una misión continental, lanzado en la reunión de Aparecida, presentado por las intervenciones de algunos padres sinodales como carta de identidad de su carácter específico local. Se ha podido escuchar con mucha atención el testimonio de las Iglesias que viven, sobre todo en Medio Oriente, en países de mayoría islámica: ha suscitado fuertes emociones la narración de testimonios de fe que llegan hasta el martirio, las cuestiones que la confrontación con el Islam suscita al Cristianismo, la necesidad de hacer progresar la plataforma de los derechos

humanos (pidiendo mayor defensa del aspecto subjetivo del derecho a la libertad religiosa, es decir, la libertad de conciencia, la opción libre de la religión que cada uno considera verdadera), las iniciativas de diálogo conseguidas, las narraciones de las conversiones del Islam al Cristianismo.

Un asunto ha sido compartido de manera prácticamente unánime en todas las intervenciones: la absoluta centralidad de la experiencia personal y comunitaria con el Señor resucitado. Es éste el corazón y el secreto de la NE: una Iglesia que vuelve a hacer de la misión el propio principio de identidad, es una Iglesia que coloca en el centro de su ser esta relación con Dios, que al mismo tiempo defiende la unicidad del Cristianismo dentro de la historia y especifica su misión. La Iglesia existe para custodiar celosamente esta experiencia; y al mismo tiempo para compartirla con todos los hombres, contagiando de este modo y transformando el mundo.

LA IMAGEN DE LA SAMARITANA JUNTO AL POZO

El Sínodo podría haberse transformado en una especie de estados generales de la Iglesia, llamada a defenderse de los ataques de la cultura hipersecularizada del mundo occidental – por una parte – y de las presiones que provienen de la confrontación con las grandes religiones, especialmente con el Islam – por otra -. Hasta cierto punto el Sínodo ha experimentado esta tentación, pero ha sabido vencerla, dejándose guiar por una imagen evangélica que – recibida del magisterio del Papa en Porta Fidei – ha atravesado enteramente el debate y ha sido consignada a toda la Iglesia en el mensaje final.

La samaritana junto al pozo expresa bien el modo con que la Iglesia quiere vivir su relación con el mundo: “no hay hombre o mujer que, durante su vida, no se encuentre, como la mujer de Samaría, junto a un pozo con un ánfora vacía, con la esperanza de encontrar la respuesta al deseo más profundo de su corazón, el único que puede dar sentido pleno a la existencia. [...] Como Jesús junto al

pozo de Sicar, también la Iglesia piensa que debe sentarse junto a los hombres y mujeres de este tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de manera que puedan encontrarlo, pues solo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna” (Mensaje final, n. 1).

Como Jesús, también la Iglesia quiera hacerse prójima de una humanidad que lleva dentro de sí preguntas de sentido y sed de felicidad que son insolubles, si no se encuentra a Jesucristo. Hacer posible este encuentro, anunciar que existe una respuesta a preguntas que de otra manera producen desesperación, si quedan solas o sin ayuda en la búsqueda de una respuesta: es ésta la NE.

La samaritana junto al pozo nos trae también otro elemento esencial para descifrar el contenido de la NE: el contexto, o sea, el desierto. La Iglesia es invitada a vivir esta exigencia de fuerte cambio como la experiencia del desierto vivida por el pueblo de Israel, nos ha dicho el Papa. Un desierto que es el lugar de la intimidad con Dios, además que de tentación y pobreza; un desierto que pide tomar consigo solamente las cosas a las que no puede renunciar nuestra fe. “En estos decenios ha avanzado una ‘desertificación’ espiritual. Que significado podía tener una vida, un mundo sin Dios, en tiempos del Concilio ya se podía saber por algunas páginas trágicas de la historia, pero hoy lo constatamos nosotros mismos a nuestro alrededor. Es el vacío que se difunde. Pero es precisamente partiendo de la experiencia de este desierto, de este vacío como podemos de nuevo descubrir la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se descubre el valor de lo que es esencial para vivir; así en el mundo actual son innumerables los signos, expresados con frecuencia en forma implícita o negativa, de la sed de Dios, del sentido último de la vida. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su misma vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y mantengan despierta así la esperanza. [...] He aquí entonces cómo podemos concebir este Año de la Fe: una peregrinación a los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente

lo esencial: no bastón, ni saco, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas – como dice el Señor a los Apóstoles enviándolos en misión (cf Lc 9,3), sino el Evangelio y la fe de la Iglesia (Benedicto XVI, Homilía del 11-X-2012).

ALGUNAS CONSIGNAS PRÁCTICAS

Aún sin entrar en análisis demasiado detallados, el Sínodo ha hablado de algunos lugares de la acción eclesial que esperan ser atendidos mejor y redefinidos dentro de la lógica de la NE.

Todo el capítulo de la educación, a nivel humano como de fe, necesita mayor cuidado y atención. Se ha hablado de iniciación cristiana, de escuela, del compromiso de los padres, de la necesidad de un cuidado mayor de los espacios que habitamos dentro de las culturas y las sociedades para vivir y testificar nuestra fe. Las proposiciones dan buen testimonio del modo con el que han sido tratados estos temas: más que buscar nuevos caminos, se ha querido poner en evidencia como el corazón de la NE permite encontrar energías y recursos para vivir con renovada vitalidad exigencias fundamentales de la fe cristiana hoy, pero que muchas veces quedan descuidadas.

Se ha hablado de misión: se siente la necesidad de una especie de “misión mundial” que estimule a todo cristiano y a todas las comunidades para que se sientan más responsables del anuncio de nuestra fe, en un momento en el que los cambios que estamos viviendo han debilitado – si no roto – muchos instrumentos tradicionales de transmisión de la fe. En todos estos campos ha sido provechoso escuchar a las Iglesias y comunidades cristianas hermanas: el ecumenismo es un instrumento indispensable para vivir la NE.

Se ha hablado de cómo diseñar la figura de la Iglesia local a la luz de la NE: NE quiere decir ayudar a las comunidades a vivir bien su fe (alimentada por la Palabra y por los Sacramentos), a saberla testificar sin miedo y sin falsos pudores; quiere decir cuidar la ca-

lidad de la vida comunitaria, para que sea fuente de fascinación; quiere decir vivir con mayor fuerza la caridad como el instrumento que permite a todo hombre encontrar la gratuidad del amor de Dios; quiere decir finalmente preocuparse por el futuro, prestando atención a los jóvenes y a su educación.

Se ha insistido sobre la necesidad de una nueva devotio, que permita revivir en tiempos de posmodernidad la renovación espiritual que ha sabido transformar la modernidad, al final de la Edad Media. Se necesitan instrumentos sencillos pero profundos al mismo tiempo, capaces de hablar al corazón de la gente y de transformarla encendiendo en ella la capacidad de ser lugar para acoger a Dios. En este contexto varias veces se ha vuelto a tomar y a reproponer el Sacramento de la Reconciliación: algunas intervenciones lo han presentado como el sacramento de la NE, subrayando precisamente la potencialidad de conversión que posee este sacramento, como también la sencillez de su celebración.

PUNTOS QUE NECESITAN LA ULTERIOR PROFUNDIZACIÓN

El carácter de gestación y el tono de espera que he usado como metáforas para describir el clima que ha caracterizado el Sínodo – casi como una especie de parto, como dice San Pablo en Rm 8,22 -, nos permiten también decir qué es lo que ha faltado en esta confrontación, lo que debe ser profundizado ulteriormente de la exhortación apostólica con la que el Papa relee y desarrolla el acontecimiento sinodal. Sustancialmente dos contenidos.

Ante todo un análisis más riguroso de la relación fe-cultura, de la manera con que se declina en el nuevo horizonte posmoderno que vivimos. Será interesante ver cómo dentro del gran capítulo de la NE se declina la relación fe-ciencia, no solo como nudo típico de la acción pastoral, sino más bien como lugar dentro del cual construimos hoy las categorías que señalan la credibilidad de nuestra fe ante el mundo, además de buscar los contenidos para explicitar el sentido de la Revelación de Dios.

Un segundo tema que ha sido en realidad poco tratado es la cuestión de la transmisión de la fe. La dinámica sinodal se ha concentrado mucho sobre la primera parte del tema indicado como título, dedicando poco espacio y pocas energías a la segunda parte. Ahora bien, el gran desafío que tiene delante la Iglesia de hoy se refiere precisamente a la manera de transmitir la fe cristiana.

“¡VUELVE AL AMOR PRIMERO“

“Conozco tus obras: tú no eres ni frío ni caliente” (Ap 3,15). “Pero tengo que reprocharte el haber abandonado tu primer amor” (Ap 2,4). Aún con todos los límites de una crónica tan breve, las palabras del Ángel del Apocalipsis nos permiten intuir el sentido profundo, el motor de la NE que el Sínodo ha analizado, con la intención de precisarla y consignarla a la Iglesia. Se trata de un estímulo para evitar la mediocridad que amenaza contagiar a la Iglesia, como consecuencia de las transformaciones que el cambio cultural está produciendo en nosotros. A transformaciones tan profundas se responde con un sobresalto de calor de nuestra fe: he aquí el sentido de la NE. He aquí también la utilidad de un instrumento como el Año de la Fe.

La necesidad de volver al amor de un tiempo ha sido también el contenido que con más frecuencia ha estado presente en las palabras de los delegados fraternos. Como ha expresado lípidamente R. Willians, solo con un renovado ejercicio contemplativo podremos entrar de verdad en el mundo actual, capaces de transmitir el evangelio y la fe. Una contemplación entendida como acto humano total, que nos permite reconocer los signos de la presencia de Dios también bajo las huellas de un mundo que parece alejarse cada vez más de Él: NE es ante todo el redescubrimiento de una fidelidad que exige un caro precio, y que debe transformarse en ejercicio de discernimiento, no tanto lógico cuanto pneumático, de las huellas del amor de Dios que no se cansa de amar a este mundo nuestro.

